Jesús Espeja

Jesús de Nazaret La mística de una sociedad fraterna

edicioneshoac.es

Jesús Espeja

JESÚS DE NAZARET

La mística de una sociedad fraterna

www.edicioneshoac.es

EDICIONES HOAC

FUNDACIÓN
Guillermo Rovirosa ◆ Tomás Malagón

1.ª Edición, diciembre 2020

© Hermandad Obrera de Acción Católica
© Jesús Espeja

ISBN: 978-84-92787-55-5
Depósito Legal: M-27914-2020

Preimpresión e impresión:
Arias Montano Comunicación
www.ariasmontano.com

Edición papel y ebook disponible en www.edicioneshoac.es

Ediciones HOAC
Alfonso XI, 4-4 • 28014 • Madrid
publicaciones@hoac.es
Telf. 917 014 080
Twitter @EdicionesHOAC

www.edicioneshoac.es

Pr ESENTACIó N

Hechos de los Apóstoles, un libro que cuenta los primeros pasos de la Iglesia, trae al comienzo un episodio elocuente. Pedro y Juan, dos discípulos que habían acompañado a Jesús cuando recorría las aldeas de Galilea proclamando el Evangelio, subían al templo de Jerusalén, y a la entrada un lisiado de nacimiento, les pidió limosna. Pedro con Juan a su lado se le quedó mirando y le dijo: «míranos, y el lisiado clavó los ojos en ellos esperando que le darían algo». Pedro le dijo: «Plata y oro no tengo; pero en nombre de Jesús Mesías, el Nazareno, echa andar; y agarrándolo de la mano derecha, lo incorporó; en el acto se le robustecieron las piernas y los tobillos, se puso en pie de un salto y echó a andar». Sin duda Pedro y Juan recordaban las palabras de Jesús curando a un paralítico: «Ponte en pie, carga con tu camilla y camina por ti mismo».

Hoy en nuestra sociedad hay muchas personas paralizadas que no se pueden valer por sí mismas porque no encuentran trabajo, porque tienen que aceptar las migajas que les ofrezcan, o porque incluso tienen que pedir limosna para sobrevivir. La situación se agrava con la pandemia. Nuestra Constitución proclama que «todos los españoles tienen el deber de trabajar y el derecho al trabajo, la libre elección de profesión y oficio, la promoción a través del trabajo, y la remuneración para satisfacer sus necesidades y los de su familia, sin que pueda hacerse discriminación por razón de sexo». Pero las justas demandas durante los últimos años reclamando un trabajo digno, caen en el vacío. Sencillamente porque la ideología e interés del sistema es tener ganancias no para repartirlas sino para acaparar y conseguir el monopolio. En esa ideología, la persona no es fin, su dignidad no cuenta, solo vale si es útil o rentable.

www.edicioneshoac.es

Cuando urge una organización de la economía que esté al servicio de una vida digna para todas las personas, Jesús de Nazaret es una referencia decisiva. El Evangelio, plasmado en su conducta, proclama el profundo estupor ante la dignidad de la persona humana; en la promoción de una vida digna para todos se manifiesta la gloria, la verdad de Dios. Eso quiere decir el subtítulo de este libro: *La mística de la sociedad fraterna*.

En esa convicción han sido redactados estos apuntes. Pensando en tantas personas que, dentro del mundo del trabajo, sufriendo a veces atropellos, no se resignan y se afanan cada día por construir una sociedad más solidaria en orden a que todos podamos vivir con dignidad. He conocido en la HOAC a mujeres y hombres con ese talante que sin duda tienen también muchas personas de otros movimientos sociales de base. Para ellas, mi admiración y gratitud. Deseo que les ayuden algo en su empeño las páginas de este libro.

Primero nos aproximamos a lo que históricamente podemos saber sobre Jesús de Nazaret. Después veremos la interpretación creyente de aquella historia. Y finalmente meditaremos sobre la invitación al seguimiento de Jesús.

PENTECOSTÉS DE 2020

www.edicioneshoac.es

I. APr OXIMACIó N A LA HISTOr IA

Hoy nadie medianamente informado niega ya la existencia de aquel galileo llamado Jesús de Nazaret, que hace dos mil años vivió y murió en Palestina. Dada la naturaleza de las fuentes para conocer su historia, no podemos hacer una biografía, pero sí encontrar una base histórica suficiente para conocer el espíritu, la conducta y la trayectoria existencial de aquel a quien los cristianos confesamos Mesías e Hijo de Dios. A esa historia nos referimos en esta primera parte.

1. Fu ENTES DE q u E DISPONEMOS

En ambientes cristianos ya los niños, apenas abren los ojos, oyen a sus padres hablar de Jesús. quienes hemos nacido en ese ambiente, recibimos de nuestra madre amplísima información sobre esa figura entrañable, aunque mucho material provenía de los evangelios apócrifos, y era fruto de la imaginación popular. Podemos ahora ceñirnos a la información objetivamente fidedigna, creíble por su garantía de historicidad. Y aquí está el problema porque apenas tenemos vagas noticias de Jesús en los historiadores judíos y romanos de aquel tiempo, mientras, por otra parte, los escritos del *Nuevo Testamento* con amplia información sobre Jesús no son neutrales, pues su preocupación primera no es contar lo que sucedió en todos sus detalles, sino confesar y transmitir una fe que ya es una interpretación de lo sucedido.

www.edicionesbaac.es

Referencias aisladas en autores no cristianos

En el ámbito judío y en la primera mitad del siglo I, el historiador Flavio Josefo habla con cierta simpatía de «Jesús llamado Cristo, hermano de Santiago y condenado a morir según el dictamen de Poncio Pilato por instigación de las autoridades de nuestro pueblo». También con simpatía, poco después del 73, Mara

Bar Serapión, un estoico sirio, se refiere Jesús como «rey sabio de los judíos» a quien ellos dieron muerte. En cambio, los documentos rabínicos, escritos judíos después del año 70 manifiestan claro rechazo: «en la víspera de pascua Jesús fue colgado; se le acusó de practicar la magia y seducir a Israel hacia la apostasía"».

En el ámbito romano, tres autores aluden a Cristo. Plinio «El Joven», enviado el año 111 a la provincia de Bitinia y Ponto como legado imperial, recibió acusaciones contra los cristianos «que solían reunirse un día fijo antes del amanecer, alternándose en las loas a Cristo como si fuera dios» . Hacia el 116, el historiador romano Tácito escribe sus *Anales* donde cuenta la persecución de Nerón contra los cristianos, nombre que «viene de Cristo, ejecutado bajo Tiberio por el gobernador Poncio Pilato». Finalmente Suetonio, entre los años 117 y 122, en su libro *Vida de los doce Césares,* cuenta que el emperador Claudio (41-54) ordenó que los judíos salieran de roma, pues «instigados por un tal Cristo, causaban constantes desórdenes».

Como vemos, los documentos no cristianos dicen muy poco sobre Jesús, aunque esas referencias o alusiones dan por supuesta la existencia de este hombre. Pero con esos datos apenas logramos una vaga noticia. El hombre a quien los cristianos celebramos como centro y señor de la historia, no fue considerado digno, ni en su pueblo ni en la sociedad mundial, de ocupar siquiera unas líneas en la lista de los grandes.

www.edicioneshoac.es

A Jesús tenemos acceso por una tradición

Jesús fue un judío que vivió hace dos mil años. En Nazaret, una población enclavada en el norte de Palestina, pasó la mayor parte de su existencia como trabajador. Tenía alrededor de treinta años cuando salió de su clan, para ir por toda la región que se llamaba Galilea proclamando, como profeta, la intervención definitiva de Dios, que es amor y quiere la vida en plenitud para todos

los seres humanos. Algunos se dejaron alcanzar por su mensaje y lo siguieron; poco a poco se fue creando una comunidad de discípulos. Con ellos Jesús recorría las aldeas transmitiendo su Evangelio, curando enfermos, rehabilitando a los pobres y combatiendo a las fuerzas del mal que siembran injusticia y muerte. Pero su intervención profética no duró más de tres años. Pronto los mantenedores del orden establecido —religiosos y políticos que gozaban de una situación social de privilegio— se dieron cuenta del peligro, y pusieron remedio eliminando al Profeta. Jesús fue crucificado como un indeseable. Para garantizar bien su muerte y acabar con su memoria, las autoridades religiosas y políticas sellaron el sepulcro.

«Se les abrieron los ojos»

Los discípulos, que admiraron y tenían puesta su esperanza en Jesús, al verlo condenado por rebelde político y por blasfemo, tuvieron miedo, y a la hora de la verdad, huyeron con la sensación de fracaso: «nosotros esperábamos que él fuera el libertador de Israel, pero le condenaron a muerte y le crucificaron». Con el fracaso de la cruz, todo habría terminado como una efímera ilusión más en el transcurso de la historia de la cruz.

Pero sucedió algo inaudito. Mujeres y hombres, que habían convivido con Jesús y que sufrieron la decepción de su condena como un malhechor, empezaron a proclamar su fe o experiencia de un suceso inaudito: «a ese Jesús, que murió colgado de un madero, Dios lo ha resucitado y nosotros somos testigos». Cada uno, a su modo y dentro de su propio contexto cultural, cuenta lo que fue una experiencia común: el mismo Jesús que anduvo por los caminos de Palestina, comió con sus discípulos y se sentó a la mesa con los pobres, curó a los enfermos, y combatió a las fuerzas homicidas, se manifestó lleno de vida y vencedor de la muerte. Según *Hechos de los Apóstoles,* Pablo de Tarso, ya convertido al cristianismo, en uno de sus viajes a Jerusalén, fue llevado por intrigas de sus correligionarios judíos ante el representante políti-

www.edicionesnoac.es

co de roma y apresado. Estando en el calabozo, pasó por allí el rey Agripa, y el procurador romano le informó sobre el caso de Pablo: sus correligionarios lo acusan de afirmar que «está vivo un difunto llamado Jesús» (Hch. 25, 20).

Cuenta Lucas (24, 31) cómo dos discípulos, al ver que Jesús había sido ajusticiado y había muerto en la cruz como un criminal, regresaban cabizbajos y decepcionados a su pueblo, Emaús. Pero el r esucitado les salió al camino y, al escuchar su palabra, «se les abrieron los ojos». Algo similar ocurrió a Pablo de Tarso: también el r esucitado le salió al camino, lo inundó con una luz celestial y, al recibir el bautismo, «se le cayeron de los ojos una especie de escamas y recobró la vista». Es un modo elocuente para expresar lo que implica la fe: nuevos ojos para ver en la realidad algo que no se percibe a simple vista.

«Quedaron transformados por el Espíritu Santo»

En la Biblia no hay una definición del Espíritu. Pero se tiene la sensación de su presencia y se gusta su actividad. Es como el agua que da vida oxigenando las venas de las plantas, como el aire que nos permite respirar y nos une dentro de una atmósfera común, como el fuego que brota de un corazón apasionado. Siendo fuerza que viene de Dios mismo, el Espíritu lleva el calificativo de «santo». Es hálito de vida infundido por el Creador en el ser humano, impulso de liberación cuando el pueblo sufre la esclavitud, fuego incandescente que transforma la conducta de los profetas haciendo de su palabra bálsamo que cura y espada ardiente que corta lo infectado.

www.ediciones.hoac.es

Los judíos contemporáneos de Jesús, y durante el siglo primero, cuando se escriben los Evangelios, pensaban que en la época de los patriarcas todos eran favorecidos con la presencia del Espíritu de Dios. Más tarde, cuando el pueblo se fabricó ídolos o falsos absolutos, el Espíritu se limitó solo a los profe-

tas; finalmente, debido al pecado del pueblo, el Espíritu dejó de ser enviado. Dios guardaba silencio. Por la infidelidad del pueblo, los cielos se cerraron y el Espíritu no descendió: «ya no hay signos ni profetas, y nadie sabe hasta cuándo» (Salmo 74, 9). Sin embargo, los judíos esperaban un cambio: «en los últimos días, dice Dios, derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros jóvenes tendrán visiones y vuestros ancianos sueños; sobre mis siervos y mis siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días». Es la esperanza que Pedro ve cumplida en Pentecostés: «estaban todos los discípulos reunidos, cuando de repente, un ruido del cielo, como viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban, y vieron aparecer unas lenguas como de fuego que se repartían posándose encima de cada uno; se llenaron todos del Espíritu Santo y empezaron a hablar en diferentes lenguas según el Espíritu les concedía expresarse». Difícilmente y de modo tan significativo dentro de la esperanza que tenían los judíos, se podría decir mejor que el Espíritu es la fuerza de Dios que transforma y une a los seres humanos para crecer en la comprensión y la convivencia.

«Nosotros somos testigos»

Es la confesión de fe que una y otra vez hacen los discípulos, cuando las autoridades religiosas judías los llaman al orden: era imposible que Dios apoyara y diera la razón al que había sido crucificado como subversivo y blasfemo. Es verdad que en el tiempo de Jesús la esperanza en la resurrección estaba muy extendida entre los judíos. Pero se pensaba en un acontecimiento colectivo ligado al fin del mundo actual, «en el último día». No era pensable la resurrección de un individuo antes de que llegara el fin de los tiempos. También los discípulos de Jesús estaban en esa idea y, al ser sorprendidos por el resucitado lógicamente interpretaron que con la resurrección de Jesús había comenzado ya el tiempo último, la nueva creación.

www.edicionesbac.es